

do las pieles dieron cinco vueltas bailando. Entraron luego en escena dos muchachos muy ligeros, con pieles en la espalda y cabezas de venado, á representar el papel de éstos. Presentaron alternativamente por cinco veces dichas cabezas frente al altar y ante el sacerdote que tocaba, y echáronse á correr perseguidos por los bailadores que disparaban flechas y lanzaban alaridos, tratando asimismo de lazar á la presa con cuerdas que tomaron del altar. Cuando se apartaban del lugar del baile, dábanles caza los mismos venados, pero volvían al fin. Capturaron á éstos al salir el sol y los acostaron sobre un petate tendido junto al altar, donde tomaron su puesto los cazadores. Partiendo de ese punto dieron otras cinco vueltas al rededor del patio, siguiendo el movimiento aparente del sol, y otras cinco en dirección opuesta. El sacerdote fue disminuyendo sus toques, y los danzantes haciendo más rápidos sus saltos, hasta que cesó la música y terminó la danza.

Comenzó en seguida el festín, á cuyo efecto tomóse el pinole y maíz tostado depositados en el altar, comiendo primeramente de ellos el anfitrión y su mujer. Quebrantado de esta manera el ayuno, sentáronse todos y á cada quien se le sirvió, en platos de barro ó en jícaras, una pequeña rebanada de carne de venado en barbacoa, con un puñado de maíz tostado (*esquite*); una gorda de pinole con frijoles; cuatro tamales y un almodrote de carne de venado y maíz molido, cocidos juntos, á lo que se llama sencillamente *chuína* (venado). Los muchachos que sirvieron esto, llevaban á la espalda tres envoltorios, cada uno de los cuales contenía tres tamales, que se comieron en seguida.

El huésped siempre pide á sus invitados que se sometan, durante cuatro días más, á las restricciones necesarias para asegurar la eficacia de la fiesta, entendiéndose principalmente con ello la abstinencia de mezcal y mujeres, de que se guardan, por espacio de cinco días antes y cinco después,

los miembros de la familia que organiza el baile. Como el sacerdote, cuya obligación en esta materia es mayor que la de los demás, tiene que ejercer sus oficios en otros mitotes antes de que haya espirado el plazo de rigor, pasa la mayor parte del tiempo sujeto á dichas privaciones.

Terminada la fiesta, se cuelga de un árbol, para usarse al año siguiente, el *tapex* con que se ha erigido el altar, pero no se quitan los troncos que han servido para formar la enramada. En ellos se tienen suspendidos, por cuatro ó cinco días, los objetos ceremoniales que se cuelgan después, dentro de una canasta, á la pared de alguna cueva. En Pueblo Viejo ya no se celebran mitotes, y parece que ninguna familia los da en otros lugares más de una vez al año.

Cuando alguna pareja de recién casados da por primera vez un mitote, viven durante un mes fuera de su casa, bañándose ambos y lavándose su ropa, sujetos á las restricciones consabidas, y entregados al sueño la mayor parte del tiempo. Háblanse muy poco cuando no duermen, y piensan constantemente en los dioses. No hacen más trabajo que el indispensable; el hombre acarrea leña, y la mujer prepara la comida que consiste en tortillas, que se deben tostar hasta que pierden su color blanco. Toman también una papilla llamada atole, hecha de maíz molido; pero ni carne de venado ni más pescado que uno pequeño llamado *miche*. No les es lícito comer sal ni frijoles. Sus cobijas deben ser blancas. Durante todo este tiempo no deben cortar flores, bañarse, fumar ni enojarse uno con otro, y por la noche han de dormir separados por el fuego.

El ayuno y la abstinencia constituyen parte integrante de la religión de dicho pueblo. El individuo que desea ser sacerdote, se somete á una dieta rigurosa de tortillas y atole, durante cinco años. No bebe más que agua, y eso una vez al día, por la tarde. Aquella gente ayunó una vez durante dos meses, para ayudar á que el general Por-

firio Díaz saliera electo Presidente de la República, y me contaron que pronto iban á sujetarse á privaciones análogas para lograr que continuaran en sus puestos otros funcionarios que les eran benéficos.

También desempeña el ayuno, importante papel en la curación de las enfermedades. Suele el paciente irse con su médico á vivir en los bosques, y ayunar por muchos días, durante los cuales el doctor no cesa de fumar, pues por el color del humo puede augurar si el enfermo ha de vivir ó no. El humo amarillo presagia la muerte. Así mismo si el humo se conserva denso, vivirá el enfermo; pero si se dispersa, perece de seguro.

Con los niños se practica una ceremonia muy interesante, cuando cumplen un año. Sus padres se van con el curandero á ayunar en el campo, durante cinco días, antes del aniversario, y cinco días después.

Á la una ó dos horas de ponerse el sol, se enciende una gran lumbrada, al oriente de la cual se colocan cuatro flechas y el objeto llamado ojo de dios. Los padres del niño y todos los presentes permanecen vueltos hacia el oriente. El sacerdote comienza por dar cuatro vueltas rituales, y en seguida arroja bocanadas de humo sobre el ojo del dios y sobre el niño. Entona luego algunos cantos mágicos, da otras cuatro vueltas y sahuma de nuevo, hecho lo cual aplica la boca á la frente de la criatura para sacarle una cosa llamada el *cochiste* (el sueño ó los sueños), que se escupe en la mano. Al punto ejecuta un movimiento con su plumero, como para recoger lo que se ha escupido, y mantiene suspensas por un rato las plumas sobre el ojo del dios. Entonces pueden verse, adheridas á éstas, dos blancas pelotillas que muestra á todos los concurrentes, para probarles que no los ha engañado; las aplasta incontinenti con la mano izquierda, produciendo un ruido semejante al de un huevo que se rompe, y las arroja á un lado. En la mañana, se ofrece sal á los que han ayunado.

Á los niños se les saca el cochiste dos veces, y cuatro á las niñas. Los jóvenes no se pueden casar sin someterse á dicha operación. Cuando una muchacha llega á la edad de la pubertad, debe conservarse casta por un año y someterse, como si fuese una criatura, á la expresada ceremonia que se repite al año siguiente. Si en ese tiempo tuviese un desliz, morirían, según la creencia general, ella, sus padres ó su novio. Se observa estrictamente el principio de la monogamia; si alguna mujer lo quebranta, necesita que la cure el médico-sacerdote, para librarse de que la muerda alguna serpiente, que la despedace un jaguar, que le pique un alacrán, que la mate un rayo ó cosa semejante.

Al efecto, entrega un copo de algodón al curandero que lo coloca sobre el ojo del dios para recibir, por mediación de la fibra, fumando y dirigiendo la palabra al ojo sagrado, una revelación completa relativamente á si la mujer ha tenido más de un marido, y descubrir hasta el nombre del culpable. Amonéstala á que confiese la verdad, explicándole cuánto mejor será el resultado, puesto que de ese modo podrá curarla con mucha más firmeza; pero aun confesando, su apuro no cesa del todo, pues la curación no puede costarle menos de diez á veinte pesos. Si no puede pagarlos desde luego, lo hace en abonos mensuales, y aunque, por razón de derecho, el hombre es quien debería pagar por ella, á menudo la deja entregada á su propia suerte, lo que se ha hecho más frecuente desde que los indios han entrado en contacto con los blancos. Una vez acabada de cubrir la deuda, y que nada le queda que confesar á la mujer, no tiene el curandero otra cosa que hacer que dar cuenta de ello al ojo divino, y despachar absuelta á la culpable, que debe volver, pasado un año, para informar á aquél si no ha cometido una nueva falta que la obligue á pagar más. Con el algodón que recibe, fabricase el médico ceñidores y cintas que vende en ocasiones.

La costumbre que acabo de referir es una prueba interesante de los medios empleados por la sociedad antigua para conservar intacta la familia. Evítase á la gente el entregarse con excesiva libertad á los impulsos de los sentidos, infundiéndoles miedo á los accidentes, á las enfermedades y á la muerte.

Las consideraciones que guardan estas tribus á los difuntos y sus ideas respecto de éstos son substancialmente análogas á las de las tribus que había yo visitado; pero tenían algunos rasgos propios, no exentos de interés. Por ejemplo, junto á la cabeza del muerto que tienden sobre el suelo dentro de la casa, coloca el curandero un ojo sagrado y tres flechas, y le pone otra flecha á los pies. Hecho esto, entona un canto mágico y arroja bocanadas de humo de tabaco, aunque no sobre el muerto, mientras la viuda se ocupa en hilar un poco de algodón que antes ha puesto en manos del mismo sacerdote. Cuando concluye su trabajo, entrega el cordón á éste, quien rompiéndolo en dos partes de igual longitud, lo sujeta á la flecha clavada á la derecha del cadáver. Frota con carbón la hebra que dedica al muerto, la amarra en la parte inferior de la flecha, y devanándola sin dejar más que la porción necesaria para que alcance desde el pie de la flecha hasta la mitad del cadáver tendido, deposita el ovillo bajo las ropas del muerto. En cuanto á la otra hebra, que conserva en la mano izquierda juntamente con su pipa y sus plumas, divídela después de los debidos hechizos en tantas partes de igual tamaño cuantos miembros tiene la familia, y da una porción á cada uno de ellos, quienes se la atan al rededor del cuello, conservándola por un año. Pasado ese tiempo emplean el cordón con otros materiales, para hacer cintas ó fajas.

Al quinto día, se despacha al muerto fuera del mundo. El curandero, provisto de sus plumas y pipa, y llevando un jarro de agua preparada con algunas yerbas medicinales,

dirige hacia el occidente la procesión, que sale muy de mañana, compuesta de hombres, mujeres y niños que llevan ramas de zapote. Se detienen, todavía oscura la mañana, y el sacerdote se adelanta un poco para despachar al difunto, y regresa luego para rociar con su agua al grupo de dolientes, haciendo también sus aspersiones hacia el oeste, dirección en que se ha ido el difunto.